

va tras el carrutón, lamiendo la
sangre que escurre y devorando los
sesos que a trechos se escapan y
caen, disputándose los a mordiscos Los
perros.... He allí el cortejo fúnebre
que lleva al cementerio a los
últimos lerdistas.....

¡ Dios mío! cuando ricos nos hacen los muertos!

El pequeño motor
de la Gran Revolución

XII

No se curaba todavía la sangre
vertida en Veracruz, cuando una noche
(la del 17 de Enero de 1881) mi valet
de chambre Espinosa me introdujo casi
furtivamente una tarjeta así concebida

Lic. Jorge Hámeken y Mejía,
Diputado

México, Calle de Y. no. 10

— Hombre! hombre! este México tiene
diez millones de habitantes y todos
viven, y todos son hancuados.....

¡ Espinosa!

— Señor.....

— Dígame a ese Señor, cuando venga, que
no estoy visible. ¡ Diputaditos de mí
y a estas horas!.....

¡ Habíame causado tal repugnancia

la hecatombe de Veracruz, y más aún con
que la habían dejado impune mis
valientes conciudadanos, que francamente
no quería oír nombrar ni menos pronunciar
el nombre de México. Para que un pueblo
permaneciera impasible después de re-
cibir en la faz el salvaje sangriento
de un tiranuelo, necesario es que hubiese
muerto cuando no envilecidos, sí, porque
las atrocidades del 25 de junio son de aquellas
que se cometen, no contra un partido y
sus partidarios, sino contra una nación y
sus nacionales. El hombre que mandaba
matar mexicanos como perros
rabiosos, era que consideraba á
los mexicanos como perros ó á los
perros como mexicanos. Esto es lógico:
y para que V.V. vean más claro, voy
á referirles la fábula de las Hormigas
y la Culebra, de Lafontaine.
Un pueblo de Hormigas trabajaba
por vadear un arroyo y no lo podía

23
conseguir: todos sus trabajos de rapa
se destrellaban ante la dureza del granito.
Celebró una junta deliberadora en el
hormiguero y una hormiga (muy ladina
discurrió que se proveyera á una
culebra, que teniendo de vecina, les sir-
viera de puente mientras ellas pa-
saban, recompensándole su trabajo
con mantenerla toda la vida. Se
aplaudió la ingeniosa idea, nom-
brándose en el acto una comisión que
se acercara á su Señoría con una
extraña petición. Ella escuchó aten-
tamente y dijo que aceptaba en
todo y por todo la oferta, tanto más
gustosa cuanto que se iba haciendo
vieja y le era la vida muy dura.
Cerrado el pacto, la culebra se ex-
tendió de un extremo al otro del
arroyo y sobre su lomo pasó á
millares todo el hormiguero. Desde
el día siguiente, la vida del reptil

se destrozó en pereciosa abundancia:
las hormigas proveían á su despena
con toda clase de manjares. Pero
he aquí que un día, saciada de
tan múltiples y diversos platillos,
quiso probar el sabor de la carne
de hormiga, y, ¡zas, se engulló
media docena de una legijetava.
Nunca lo hubiera hecho! apenas
cometido el homicidio, todo el pueblo
insectívoro, levantándose como una
sola hormiga y picando como
un millón, echóse sobre la ser-
piente, la que fué devorada
en un abrir y cerrar de ojos.....

Mas desemonos de sirniles
animales, que ni vds. son hor-
nigas, ni el Sr. Díaz es cubebra,
ni siquiera cocodrilo; pero en verdad
os digo, que llegará un día, queridos
ausentes, en que muchos de V.V.
sean arrotados desnudos en las

plazas públicas.
Mably lo ha dicho energicamente:
le passé l'credit l'avenir.

x
x x
Una frígida tarde del mes de
Febrero hallábame yo encerrado en
mi estudio con los pies arimados
al fuego y el pensamiento vagando
en los espacios. Había ya olvidado
el incidente del Sr. Stámeken, con-
siderándome dichoso con evocar ideas
de una forma menos ingrata. ¿En
qué meditaba? Me ruborizo al
confesarlo: meditaba en las mujeres...
... ¡Ellas! Bah! Si los
patos salvaron al Capitolio, una
mujer perdió á Troya, ciudad sa-
grada de Priamo, ¡fué caiste por la
falta de una mujer! ¿Quién arras-
tó á Marco Antonio en su ruina?
¿Quién hizo asesinar á Marco

Julio Cicerón? ¿ Quién pidió la
cabeza de Juan Bautista? ¿ Quién
fue la causa de la mutilación
de Abellardo? ¿ Quién?

— Fo, too, tooó ...

— No cabe duda, llaman á
mi puerta.....
Adentro!

¿ Era la primera y última vez
que tuvo la honra de verle y de
tratarlo: era un joven de regular
estatura, con la barba negra y
partida, la nariz afilada, los
ojos café, vivos y penetrantes
como saetas, la frente grande y
bien delineada y el conjunto en
extremo simpático. En lo inte-
lectual era lo que se llama
un bel esprit, de inagotable gracia
y fecundo en la conversación: yo
había leído algunas de sus pro-
ducciones en El Federalista, pero me

cantivo más como causeur que
como executor. ¿ Porque ese hombre tan
elevado moralmente había descendido
hasta convertirse en partidario del
Sr. Díaz?

— Conque ya tienen V.V. un nuevo Pre-
sidente?

El Sr. Mejía sonrió, y acariciándose
las patillas con las dos manos,
respondió:

— El Sr. González, sí, Sr. Herdo.
¿ Qué opina V. de él?

— Hombre, nada. Me he propuesto
no jugar la política ni á los
políticos de México, mientras viva.
No siento, Sr. Herdo, y vamos á
otra cosa. ¿ No sabe Ud. que murió
hace poco la esposa del Sr. Díaz?

— Malo! Era ella una buena señora
que quitaba de la cabeza de su
marido muchas buenas intenciones...
... La ambición de los hombres mata

à las mujeres, Sr. Mejía; Cuánto no son inexoradas inconscientemente! Supongo que el Sr. Díaz la llorará como no la ha llorado hasta hoy: con sincero llanto. Quedarse viuda à los sesenta años, no debe ser muy agradable: porque en la juventud se puede reemplazar, cuando se pierde la media naranja, mientras que en la vejez.....

Al pronunciar yo estas palabras, la fisonomía del Sr. Hamelken se había alterado, visiblemente: yo proseguí sobre el tema del amor, en sentido abstracto, para alejar más de la personalidad que mi interlocutor parecía quererme meter por los ojos.

Los viejos! Heine decía que "las doncellas huyen de los cabellos blancos como las golondrinas de los tiempos de Jde

nieve" Somos cuerpos que el amor rechaza y la tumba atrade.... El amor! palabras sublimes à los veinte años! Vocablo siniestro à los sesenta!

Fornó à sonreír el Sr. Mejía, y clavando sus ojos investigadores en los míos, dijo, cortando de plano mi pesimismo sobre la edad funesta:

- ¿No ha escrito à V. el Sr. Romero Rubio?

- Diré à Ud. se han enfriado algo nuestras relaciones desde el negocio de Veracruz..... ya sabe Ud. lo del 25?

Es un hombre de talento....

- Mucho, quizá demasiado talento, respóndilo.

Los hombres como Ud. y él deberían servir à la Patria.

- Muchas gracias.

Y se ofendería Ud. si le hablara con más franqueza?

- Diga Ud.

El Gral. Díaz desearía que fuera V.
de Ministro de México a España.

La proposición era tan original,
tan interesante y absurda, que
tuvo que echar mano a un
cigarillo para dominar su emo-
ción.

- Pero el Sr. Díaz está en su cabal
juicio? No puede menos de re-
plicar.

Don Jorge se puso encendido.
Yo continúo.

Ahora que reflexiono, no me pa-
rece la idea del todo absurda.....
el cólera está haciendo terribles es-
tragos en España..... Excelente idea
la de despatchar a España! tiene
unas ocurrencias este Sr. Díaz.....

- Permitame Vd. Sr. Herdo.....

- Nada hombre, nada, dígame al Sr.
General que se lo agradezco.

- Pero si no es el quien hace la oferta.....

- Ah!..... ¿quién es?

- El Sr. D. Manuel Romero Rubio!

- Ha dicho Vd. Romero..... ¿quién?

- Romero Rubio!

¿Era yo víctima de una diabólica
mistificación? El enemigo mortal del
Sr. Díaz, todavía ayer, ofrecirme
hoy un puesto en el Gobierno de
este mismo Señor!

Y proseguí:

- No entiendo Vd.

El Sr. Maneken hizo un esfuerzo
para dominar su emoción, y lenta-
mente y con palabra fría e incisiva,
fue diciéndome:

- El Sr. Romero Rubio ha hecho las
pazes con D. Porfirio, se han abrazado!

- Abrazado! y guerra! decíame
quién operó ese milagro? porque
milagro es!

- Un servidor de Vd.! Yo llevé al
Gral. Díaz a la casa del Sr. Romero

Rubio la noche del.....

- Ah!.....

- Y se abrazaron dice Ud?

- Dos veces!

- Ah!.....

Y pocos días después, el Sr Romero Rubio dió una tertulia en su casa de la calle de San Andrés e invitó á don Porfirio y don Porfirio bailó una mazurca con la Berta. Carmen.....

Ah!.....

La reconciliación es completa: el Sr. Romero Rubio ha sido nombrado Senador.....

Ah!.....

El joven Sr. Hámeken me miró casi comparativamente e irguiéndose en la silla, concluyó con inflexión triunfante:

- Y se casan!

- Quienes, hombre, quienes?

- Don Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio!

- Ah!..... y V. arregló el matrimonio?

- No precisamente..... Pero.....

En esos momentos llamaron á la puerta; era el Sr. Cónsul Navarro, que para economizar el fuego de su casa, venia á calentarse en mi chimenea.

El Sr. Hámeken se despidió.....; no lo volví á ver más!

x

Cuando estuvimos solos le dije á mi compadre el Sr. Navarro:

- El Hombre que hora se casa!

- Se casa!

- ¡Y con una jovencita.....

- Pero, hombre, si es más viejo que yo, es ya un abuelo.....

- Pues tan cierto que se casa, como lo es que V. va á tomar un chocolate.

- Cosas del diablo, compadre y amigo don Sebastián, cosas del diablo!

- Pero venga un traguito de cognac,
que hace un frío.....
- Prrrr! rrr! hace un frío!.....

La Gran Evolución

XIII

El frío arreciaba. El Sr. Mejía, una vez en la calle, subió en un coche, perdiéndose a la vista entre los torbellinos de nieve y el pálido crepúsculo de la noche invernal.

- Conque, - comenzó el Sr. Navarro, después de echar un puñado de carbones en la llamante estufa: - ¿No sabía Ud. nada de lo que ese joven le ha revelado hoy? ¿Ni la virindad de D. Porfirio, ni sus buenas intenciones para casarse otra vez, ni la naciente Ipirisaura del Sr. Romero Rubio?

- Nada, nada! contestó con curiosa impaciencia

- Ustedes, los hombres de genio, suelen desconocer este poderoso elemento de